

Papá

–Buenas tardes, ¿qué tal? –*le saludé.*

–Muy buenas, señorita. Ya ve, aquí sentado mirando a la nada y pensando en todo, como suele decirse.

Típica frase de mi padre. Me dirigió una mirada cariñosa desde su silla de ruedas.

–¿Es usted paciente en esta clínica? –*inquirí.*

–Así es. Y usted viene a visitar a alguien, ¿me equivoco?

–No se equivoca. Vengo a ver a un familiar que lleva aquí bastante tiempo –*dije sin concretar demasiado.*

Sonrió cabizbajo, posando la mirada en sus manos, siempre temblorosas.

–Esa persona debe ser muy afortunada. Seguro que se alegra mucho de verla siempre que viene.

–Me gustaría pensar que sí. ¿Tiene usted hijos? –*indagué.*

–Una hija, de hecho. Pero mi memoria ya no es lo que era... Temo no reconocerla si viniera. No quisiera hacerla pasar por semejante situación, así que me contento pensando que la eduqué para ser una mujer fuerte, y que sabe valerse por sí misma, sin los consejos de este viejo carcamal.

–Le aseguro que ella sería feliz solo con poder verle y hablar con usted, como hago yo ahora –*quise animarle.*

–Gracias –*dijo visiblemente emocionado*–, significa mucho para mí.

Con alzhéimer o no, siempre será mi padre.